

DESAPRENDER LA GUERRA

IRENE COMINS MINGOL

Profesora del departamento de Filosofía y Sociología de la Universitat Jaume I de Castellón.

En esa misma universidad, fue directora del Máster Universitario en Estudios Internacionales de Paz, Conflictos y Desarrollo (2009-2015) y directora del Instituto Interuniversitario de Desarrollo Social y Paz de la Universitat Jaume I y de la Universidad de Alicante (2015-2019). Investigadora de la Cátedra UNESCO de Filosofía para la Paz. Miembro de la Asociación Española de Investigación para la Paz, AIPAZ y de WILPF-España, sección española de la Liga Internacional de Mujeres para la Paz y la Libertad. Investiga y publica sobre filosofía para la paz, antropología filosófica, estudios de género, educación para la paz y epistemologías para la paz.

En los últimos tiempos el pacifismo parece estar perdiendo fuelle entre la opinión pública. Aunque, no nos engañemos, como corriente de oposición a la guerra, el pacifismo no ha sido una corriente hegemónica tampoco en otros momentos históricos. Como advierte Bertha von Suttner en *¡Abajo las armas!* en cada época los poderes fácticos se han asegurado de mantener vivos y glorificar los valores vinculados a la guerra —como el coraje, el orgullo del soldado o el

amor a la patria—, todo ello con el objetivo principal de asegurar la aceptación y beneplácito de la población en caso de guerra.

Como se indica en el subtítulo del libro del Centre Delàs de Estudios para la Paz *Mentes militarizadas*: «nos educan para asumir la guerra y la violencia». Pero si bien el pacifismo nunca fue hegemónico, lo que resulta incomprensible es que, en las sociedades actuales, contemporáneas de la democracia y los derechos humanos, y con una población ampliamente formada, no se cuestione con mayor ahínco la guerra.

Varios factores parecen estar detrás de este hecho. Por un lado, la militarización de las mentes que sigue tan fuerte hoy como lo fue en otros tiempos. Con nuevos lenguajes, pero con el mismo mensaje de fondo, los medios de comunicación, la clase política e incluso la industria del entretenimiento, entre otros, van extendiendo la cultura de la guerra, que no es otra que la cultura del miedo y la violencia. Todo ello a la vez que se enarbola como bandera una idea de seguridad tergiversada, construida *contra el otro*, que como profecía autocumplida no hace más que aumentar la desconfianza, y con ello la inseguridad, entre los pueblos. Del mismo modo que el escotoma en el ojo reduce nuestro campo visual, así la militarización de las mentes nos impide ver otras posibilidades, otras formas alternativas de relacionarnos entre los seres humanos. Y nos impide ver, sobre todo, que la inversión militar no es fuente de seguridad sino de inseguridad. Como advertía Bertrand Russell el único efecto que consiguen los estados «es aumentar el peligro contra el cual quieren protegerse».

En concreto, la inversión militar es fuente de inseguridad en tres sentidos:

En primer lugar, porque la inversión militar socava la confianza entre grupos humanos, generando incertidumbre sobre las intenciones recíprocas y debilitando la capacidad de resolución dialogada de los problemas. Los estados confían así menos unos en otros y se embarcan en una carrera armamentística y una cultura del miedo con efectos devastadores para las capacidades comunicativas, mediadoras o de arbitraje de transformación de los conflictos.

En segundo lugar, porque la inversión militar implica que los recursos que podrían ir destinados al desarrollo económico y social se resientan significativamente; cuando, paradójicamente, aspectos como la sanidad, la educación o los servicios sociales, entre otros, son la fuente de la auténtica *seguridad humana*.

Y, finalmente, porque la violencia directa que supone el uso, intencionado o accidental, de ese armamento es de una crueldad y un horror atroz, con consecuencias nefastas para el ser humano, para el planeta y las generaciones futuras. Sin duda, en pleno siglo XXI, los seres humanos estamos llamados a mostrar una mayor altura de miras.

Por otro lado, junto con la militarización de las mentes, el pacifismo tampoco encuentra mucho arraigo en una sociedad distraída, que mira hacia otra parte. Y es que la cultura del miedo y la violencia tienen un efecto perverso en el ser humano: la impotencia interiorizada, es decir, la sensación de que no podemos hacer nada, que el cambio no es posible. Surge así una especie de resignación que nos hace apartar la mirada

de las cosas verdaderamente importantes. Para May Hathaway y Leonardo Boff la impotencia interiorizada es la que impide hoy la auténtica transformación a nivel global, una impotencia que las estructuras y poderes actuales explotan y refuerzan, y que se basa sobre todo en el miedo. Así, la cultura del miedo roba a la gente «el poder de controlar su propio destino, la inmoviliza e inhibe la acción transformadora». Llegamos a creer que esa visión del mundo desde el miedo es «realista»: por lo que toda sugerencia de una alternativa nos resulta utópica e impracticable. Así, como señalan Hathaway y Boff, «la impotencia interiorizada sirve para perpetuar los sistemas que explotan a la comunidad humana». La impotencia nos conduce a la alienación, a girar la mirada, y nos mantenemos en estado de parálisis colectiva. La sociedad de consumo y nuestro estilo de vida contribuyen significativamente a ese escapismo que nos aliena de la realidad y nos distrae de lo verdaderamente importante. Como agudamente advierte Federico Mayor Zaragoza «¿Quién queda que no esté atrapado en baratijas y en urgencias?».

Así, la militarización de las mentes y la impotencia interiorizada parecen confabularse en detrimento del pacifismo como corriente de oposición a la guerra. Pero no todo está perdido, tenemos la oportunidad, y la responsabilidad, de desaprender la guerra y reconstruir las relaciones humanas. Un importante aliado que no podemos ningunear en este objetivo es el feminismo. La cultura de la guerra y el patriarcado conforman una amalgama, como ya denunció Betty Reardon en la obra clásica *Sexism and the War System*. El patriarcado, advierte Reardon, gira en torno a la idea de

dominación del o la diferente, que se construye como enemigo. Y es que, como Carol Gilligan y Naomi Snider señalan, el patriarcado justifica el mantenimiento de jerarquías y el ejercicio del poder sobre la otredad.

Frente a ello, podemos reconstruir una concepción relacional de los seres humanos, en la que los sujetos seamos conscientes de nuestras vulnerabilidades y mutuas interdependencias y cuidemos unos y unas de otros y otras, así como de la naturaleza. Se trata de afrontar y reconocer la vulnerabilidad no desde la dominación de la otredad, sino desde la construcción de políticas del cuidado y el reconocimiento de la interdependencia humana. La política y la ética del cuidado promueven un concepto de ser humano preocupado por el bienestar del otro, la otra y la naturaleza, un ser humano participativo, comprometido y no adormecido. En definitiva, una ciudadanía cuidadora y pacifista. Y es que, como reza el Preámbulo de la Declaración Internacional de la Carta de la Tierra «la elección es nuestra: formar una sociedad global para cuidar la tierra y cuidarnos unos a otros o arriesgarnos a la destrucción». Tenemos por delante un importante objetivo: desaprender la guerra y reaprendernos como humanos.

Fuentes

- Calvo Rufanges, Jordi *et al.* *Mentes militarizadas*. Barcelona: Icaria, 2016.
- Gilligan, Carol y Naomi Snider. *Why Does Patriarchy Persist?* Cambridge: Polity, 2018.
- Hathaway, May y Leonardo Boff. *El Tao de la Liberación*. Madrid: Trotta, 2014.

Mayor, Federico. *Donde no habite el miedo*. Málaga: Litoral, 2011.

Reardon, Betty. *Sexism and the war system*. Syracuse: Syracuse University, 1996.

Russell, Bertrand. *Ensayos filosóficos*. Madrid: Alianza, [1910] 2009.

Von Suttner, Bertha. *¡Abajo las armas!* Madrid: Cátedra, [1889] 2014

Y ENTONCES, ¿DÓNDE ESTÁ EL PACIFISMO?

MANUEL DIOS DIZ

Maestro, profesor jubilado, licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Santiago. Fue fundador y presidente (hasta 2014) del Seminario Galego de Educación para a Paz. También fue director de la Fundación Cultura de Paz y presidente de AIPAZ. En 2015 fue elegido Concejal de Educación y Ciudadanía en Santiago de Compostela y también diputado provincial por Compostela Aberta (2015-2019). Entre sus publicaciones destacamos *Cine para convivir* (2001) o *La paz como cultura* (2010).

*La paz es mucho más que una toma de postura,
es una auténtica revolución, un modo de vivir,
un modo de habitar el planeta, un modo de ser persona.*

MARÍA ZAMBRANO

Quien interprete que el movimiento pacifista existe sólo en función de su capacidad movilizadora puntual, ante la guerra o las guerras, en relación con los conflictos armados concretos, de los más mediáticos hasta los más olvidados y silenciados,